

# *Valle de Tena*



## El valle de Tena

*El paisaje es memoria. Mas allá de sus límites, el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que, sólo existe ya como reflejo de sí mismo, en la memoria del viajero, del que, simplemente, sigue fiel al paisaje en el que se ha criado.*

**Julio Llamazares**

¿Qué pasa cuando te roban ese paisaje?  
¿Te roban una llave de la memoria?

Es la "Lluvia amarilla", que lo tiñe todo de amarillo, que anega la memoria, que reduce todo al olvido. Como esos pueblos del norte de León, donde nació y pasó Llamazares algunos veranos de su infancia, anegados por el agua represada de lo que fue una vez un río - "Río del olvido"-, y que cuando vuelves a ellos un día de finales de verano, cuando las aguas están en su mínimo, emergen brevemente, ocres, descarnados, amarillos. Como esos libros de cuero, polvorientos, añejos, abandonados en un desván, en el que la humedad y el tiempo los ha vuelto apergaminados, amarillos. Como esas fotos "Escenas del cine mudo", de otra época, de otro tiempo, que al sacarlas del fondo de una caja, se han tornado sepias, amarillas. Como las roñas bocaminas de esos pueblos mineros, amarillo-sucias,

abandonadas en esos "Caminos de emigración". Memoria; memorias; polvo amarillento; del camino.

---

Espelunciecha: El Covacho.

No sé si quiero volver a las cascadas de la Canal Roya por Espelunciecha. Me temo, que daré vueltas, perdido, buscando en el paisaje unas huellas, que ya no existen más que en mi memoria, en el pasado. Ya me ocurrió hace unos cuantos años en la cabecera del barranco de Culivillas, que pasó a convertirse en la zona Anayet de la estación de esquí Formigal, cuando entraron las máquinas.

Formigal: práctica de aprovechamiento agropastoril de una ladera previamente cubierta de árboles o arbustos, frecuente en el Pirineo y en otras montañas peninsulares. En los mapas antiguos, término muy concreto del valle de Tena, localizado cerca de la frontera con Francia.

Formigal, en leonés, de donde es Julio Llamazares, hormiguero.

El Formigal, cual hormigas, cual termitas, se extiende por el paisaje, lo roña, que rima con Roya, con la que comparte significado, pero con un contenido y una forma muy distintos.

<http://www.desnivel.com/object.php?o=8638>

Antes de que el tiempo y las máquinas amarilleen la memoria quiero refrescarla en este momento.

### Recuerdos de Formigal - I

Mi memoria de Formigal no va tan lejos en el tiempo como la de Eduardo Martínez de Pisón, aunque su huella haya sido tan profunda y continúe tan fresca como si hubiera sido ayer. Quizás en estas primeras salidas montaÑeras-invernales esté parte de mi respuesta a esa pregunta de "¿por qué se suben montaÑas?". Quizás también estos comienzos hayan marcado el camino a seguir, un modo de hacer, de vivir la montaÑa, de *ser*.

Uno de estos primeros recuerdos es de una salida con Jon días antes de la apertura invernal de la temporada de esquí. El objetivo: Anayet. La urbanización de Formigal todavía no era lo que es ahora, y prueba de ello es que como la temporada no había empezado, el albergue-refugio en el que debíamos pasar la noche no estaba abierto. La noche estaba avanzada, y después de varias infructuosas vueltas en busca de un lugar donde nos alojaran, el vivac se presentaba como la solución más rápida.

Buscamos un edificio en construcción (el boom del esquí estaba despegando) que nos resguardara del frío viento, y aprovechando un andamio de la obra nos colamos en la primera planta. Cena rápida y a los sacos. Todavía de noche nos levantamos, y visto el intensísimo frío, decidimos terminar los preparativos en el portal de algún edificio que tuviera calefacción. En la bajada del andamio toco con una mano sin guante el frío metal y ésta se me queda pegada. Los charcos de agua son puro cristal. Cuando damos con un portal abierto, el cambio de temperatura es tan brusco que la mano que ha estado en contacto con el metal me duele horrores. Hay que quitarse ropa porque la calefacción se ve que la tienen a tope. Jon opina que el arnés hay que

calzárselo desde ya, y las risas surgen en el silencio de la urbanización, al ver los abullonados fruncidos que preparan en nuestros pantalones de plástico. La que estamos liando. Nos van a echar.

El lugar conocido como "corral de mulas" es nuestro punto de salida. Dejamos el coche cerca de lo que parece ser "el corral" de marras. La luz todavía no da para mucho. Empezamos a subir y damos con una línea de remontes. El barranco de Culivillas tiene en este punto poco de barranco. Está claro que nos hemos equivocado de punto de salida, y que estamos en terrenos de la estación de esquí. Mirada al mapa y decidimos continuar por donde vamos. Atacaremos el Anayet pasando al valle de Izas y desde el sur, en vez de hacerlo desde los ibones de Anayet.

Según ganamos altura tenemos cada vez más nieve, y el viento sopla con más fuerza. Nos vamos turnando en la agotadora tarea de abrir huella. Los flamantes y recién adquiridos pantalones con cierre en el tobillo, que ingenuamente pensé que iban a evitar la entrada de nieve en las botas, no funcionan como lo hacen las polainas que he dejado en el coche. La nieve se me cuela en la bota, y al calorcito del pie se derrite y está empezando a mojarme los calcetines.

Llegamos al collado de Izas y el paisaje es impresionante. El paredón de la Pala de Ip, el picacho de punta Escarra, la apacible quietud del valle de Izas tapizado de un manto impolutamente blanco, y a nuestra derecha la impresionante subida que nos queda para llegar a una arista desde la que esperamos ver nuestro anhelado objetivo "el Anayet".

Picoteo rápido, que el viento pega fuerte, y bajamos rápidamente al fondo del valle de Izas disfrutando como críos en la nieve polvo. ¡Vaya gozada! Pero ahora toca subir. La cuesta es interminable y se empina un montón. La trinchera que estamos preparando en la nieve es de órdago.

Llega un momento en que para seguir avanzando, más que dar pasos, nadamos en la nieve polvo. El tiempo pasa y nuestro avance es lentísimo.

Empezamos a notar el agotamiento físico y el mental, ya que desespera ver el trabajo que hay que hacer para ganar unos metros a la montaña. En un momento en que la pendiente se inclina un poco más y el muro de nieve polvo nos echa abajo una y otra vez, decidimos parar y analizar la situación.

Está claro que aún en el caso de lograr llegar a la arista, no vamos a poder ni acercarnos al Anayet porque la noche se nos va echar encima.

Estamos agotados y yo además empiezo a sentir un frío en los pies que me hace temer a las congelaciones. Hay que darse la vuelta. El viento ha borrado nuestras huellas, y a pesar de que la vuelta al fondo del valle de Izas ha sido rápida, la subida al collado del mismo nombre nos está costando horrores. En el collado, Jon me dice que está exhausto, y que siga yo, que se queda a descansar un poco. Presiento que si me quedo parado mucho tiempo voy a tener serios problemas en los pies, ya que me duelen muchísimo. Tengo la sensación de que se está congelando el agua que se cuela en las botas. Cuando miro la cara de Jon comprendo que no puedo dejarle allí solo, ya que no tengo claro que pueda llegar al coche abriendo de nuevo la huella que el viento habrá borrado tras mis pasos.

Sacamos algo de comida, y una barra de chocolate, hace el milagro de insuflar fuerzas donde no las había. Le meto prisa a Jon porque veo que pierdo el calor de los pies. Tiro delante todo el rato abriendo huella cuesta abajo. De vez en cuando compruebo que me sigue Jon. La bajada es contrarreloj para mí, temo por mis pies.

Llegamos al coche ya de noche, y escapamos, sin ni tan siquiera quitarnos el arnés, carretera abajo en busca del calor de la civilización. Mientras Jon conduce me voy quitando las botas. Los calcetines están totalmente congelados. Me pongo unos secos y las

zapatillas. Al parar en una gasolinera a cambiarnos y tomar algo caliente, casi no puedo andar, ya que los pies siguen sin reaccionar. Totalmente hechos polvo llegamos a Vitoria y después de dejar toda la ropa húmeda en la bañera, me metí en la cama. A la mañana siguiente, los calcetines de la víspera todavía tenían trozos de hielo sin descongelar.

Mis pies no acabaron con congelaciones, pero si con una cierta insensibilidad que duró bastante tiempo.

Comprendimos porqué la gente no sale al monte al principio de la temporada invernal, y cuando lo hace es sobre esquís. Decidimos que el próximo paso era aprender a esquiar. Que era la última "embarcada" de ese tipo.

---

## **Recuerdos de Formigal - II**

El Anayet como cima recurrente se convirtió en objetivo de otra salida invernal, pero esta vez por la Canal Roya.

Encuentro con unos *mañicos*, acompañados de un perro, que se aproximan en todoterreno y paran a llevarme. Contándonos "batallitas" resulta que son del mismo club que un montañero que coincidió con Jon&Jon en un corredor de Telera y que tuvo un descenso poco "acertado" tras una subida épica. Por lo visto es la AVENTURA que más se recuerda en su club, en esas reuniones que el mal tiempo obliga a quedarse en el refugio al calor de una buena chimenea.

El día gris, los tonos "roña" y los restos de morrenas dejados por el modelado glaciar, hacen, que según se avanza por el ancho pasillo de la Canal, el ánimo se embargue de una profunda melancolía otoñal como la que provoca la proximidad del invierno.

La elección del corredor que desde la Canal Roya va a la búsqueda del vallecito que lleva al collado que separa el Vértice del pico Anayet resulta poco afortunada. Se empina más de lo que quisiéramos y en un momento dado, el pobre can que nos acompaña, se ve nadando en la nieve sin poder avanzar. Entre todos conseguimos izarlo con una cuerda y continuamos hacia el collado. La distancia es mucho mayor de lo que habíamos calculado y al llegar al mismo vemos que si intentamos hacer cima la noche se nos va a echar encima. Como la idea es volver por el vallecito hasta que se una con la Canal Roya, decidimos que lo prudente es darse la vuelta para ver con luz el terreno desconocido por el que vamos a bajar. De momento, el resultado es: Anayet 2 - Martín 0.

El descenso se ve alegrado por los resbalones, que en un momento dado empezamos a tener todos, sobre un arroyo que se desparrama totalmente helado sobre la pendiente herbosa. Alguno, conocido en el grupo especialmente por su "habilidad", hace bastantes metros cuesta abajo sobre el culo. Las risas, incluidas las del propio protagonista, ponen la nota de calor en la media luz que anuncia la noche.

Llegamos con la noche totalmente cerrada al todoterreno de los maños, y los bandazos que da el vehículo sobre el firme irregular de la pista, apenas sí sirven para sacarme de la modorra que provoca el cansancio de la larga jornada y el calorcito de la calefacción. Al llegar a la altura de mi coche nos separamos con un sentimiento de pena.

---

### **Recuerdos de Formigal - III**

Entre recuerdos relevantes se intercalan otros, no menos importantes, ya que aquéllos no habrían sido posibles sin éstos. “Puentes”, fines de semana, escapadas relámpago en el día, a Candanchú, a Francia, pero mayoritariamente a Formigal. Cumplir el rito del café con leche en el hostel La Torre de Liédena para no dormirse en las interminables curvas del pantano de Yesa. Larguísimas horas de autobús en la caravana de vehículos que sube lentísima por la fenomenal nevada caída, hasta que alguien grita que no aguanta más y que o para el autobús o se lo hace encima. Y todo lo dábamos por bien pagado por poder esquiar. El famoso “huevo”, las colas, aquella percha-tirachinas que te empezaba a arrastrar, no siempre sobre los esquís, tras un vuelo de varios metros. El primer contacto con la nieve helada, giros que sabes dónde los empiezas, pero no dónde los acabas. “Bañeras” rompe-piernas, que se hacen cada vez más grandes tras el paso de los esquiadores y las horas. Nieve polvo, que no había dado tiempo a ser tratada por las máquinas de la estación, por haberse tirado nevando toda la noche ... ¡Ahhh! ¡la nieve polvo! ... reluciendo virginal con los primeros rayos del sol ... ¡qué bella, pero qué difícil de esquiar! estábamos más tiempo enterrados en la misma que girando grácilmente como se suele ver en los videos. Ya teníamos nuestro equipo de travesía, el mío adquirido a Mari Ábrego en su tienda de Pamplona, pero en el momento que salíamos fuera de pista, no nos cuadraba ningún tipo de nieve, ¿para qué complicarnos entonces la vida? Desde que abrían hasta que cerraban, no parábamos ni a comer, para eso estaban los telesillas y el “huevo”. Y por supuesto cuando cerraba el último remonte, aunque

tuviéramos las piernas machacadas, allí estábamos nosotros, en la cota más alta, esperando a que las pistas se quedaran vacías, a que incluso los pistes bajaran, para hacer la bajada que mejor nos sabía. Cuando el ruido de la maquinaria callaba, cuando volvía el frío y el silencio a la montaña, cuando era ella la que hablaba y nosotros, pequeños humanos, los que escuchábamos. Esa última bajada tenía un algo de solemne, cuasi-religioso, aunque a veces también podía ser una esquuada salvaje, a toda velocidad, gritando como locos de puro placer. Esa y no otra, era la razón de que hiciéramos esquí de pista. Una vez en el calor del apartamento, con el regusto de esa última bajada, las mejillas arrojadas por el sol y el aire fresco y puro, el cansancio acumulado desde primera hora hacia su aparición, contribuyendo a un estado de dulce languidez mientras las luces de la puesta de sol tornaban sus tonos cálidos por otros más fríos y propios de la noche.

Mientras escucho una cinta de Mocedades, la mente ha vuelto a volar por estos parajes de la memoria. Estoy aparcado en el “corral de mulas” (esta vez aunque he llegado de noche, no hay error), he estado viendo el cielo nocturno, plagado de estrellas, y ahora al calor de la calefacción de la furgoneta, después de cenar, tengo ya la cama hecha. Por debajo de la voz de Amaia, parece escucharse otra voz. Tengo la imaginación un tanto viva, y esto de encontrarme solo en este lugar y a esta hora, le está dando alas y empiezo a oír voces inexistentes grabadas en una cinta. Vuelvo a repasar en el mapa la ruta para mañana: Anayet por los ibones.

¡Otra vez! Y ahora no hay ninguna duda. En la cinta, aparte de la voz de Amaia, se oyen más voces. Me levanto y me acerco al radiocasette. Miro la cinta que asoma por la ranura como si no fuera la misma que lleva conmigo un montón de años. ¡Hola! ¡ha dicho, hola!, ¡lo he oído claramente por el altavoz izquierdo! ¿Estarán las voces en mi cabeza? Acercó mi mano a la cinta con un cierto temor, como si fuera a tocar un fenómeno paranormal. La extraigo y se hace el

silencio. La miro y la remiro. Es la desgastada cinta TDK de siempre. Cuando voy a insertarla de nuevo en el radiocasette, oigo unos golpecitos en el cristal de mi izquierda, me vuelvo y ¡a unos pocos centímetros de mi cara veo un rostro de mujer en la ventanilla! El susto que me llevo es morrocotudo, la cinta casi se me cae al alejarme en dirección opuesta. El rostro se ha perdido en la noche. Me acerco a la ventanilla y en el límite a donde llegan las luces del interior de la furgoneta hay una chica que parece bastante asustada. Bajo el cristal y sin acercarse, vuelve a decir “hola” y me pregunta “si les puedo bajar a Formigal”. Me percató entonces, de que a mi izquierda hay una pareja más. Me cuentan que la barrera de la frontera está cerrada, que han intentado forzarla para pasar el coche y no han podido, y entonces bajaban andando a Formigal donde tienen alquilado un apartamento.

Retiro las mantas y el saco de dormir, y coloco los asientos en posición de viaje. Al invitarles a subir veo que hay una cuarta persona del otro lado de la furgoneta. Suben un tanto temerosos y una vez en marcha me confiesan que estaban un tanto preocupados, sobre todo las dos chicas, por abordar a alguien que estaba a esa hora por esos andurriales. Van a coger un segundo coche para volver a subir a la frontera y pasar al mismo las “compras” que han realizado en Francia y que tienen en el otro coche. Cuando llegando a Formigal empiezan a darme de forma efusiva las gracias acompañadas de varios billetes de mil pesetas, acabo de comprender su temor al abordarme en el “corral de mulas”. Rechazo su ofrecimiento, les dejo en la entrada de su apartamento y sin parar el motor me vuelvo hacia arriba. Aparco en el mismo sitio y mientras hago de nuevo la cama veo unas luces que suben hacia la frontera. Al cabo de un rato esas mismas luces van de vuelta. Vuelvo a poner la cinta de Mocedades y me entra la risa.

Después de los fenómenos “paranormales” de la noche, a la mañana siguiente se me pegan las sábanas. Oigo coches que aparcan a mi vera y gente que sale. Cuando despierto de la cabezadita que me he tomado, la luminosidad del día hace daño. Miro el reloj. ¡Hora y pico de “cabezadita”! El sol calienta las cortinas. Las descorro y un día

espléndido inunda el interior de la furgoneta. De repente me entran unas prisas culpables por el tiempo perdido en brazos de Morfeo. Desayuno mientras voy preparando la mochila. No puedo fregar el desayuno porque las conducciones de agua están congeladas.

Salgo a una mañana radiante en la que soy el último de la fila. Va a ser la primera vez que haga una travesía en solitario. Hace poco Jon&Jon y sus respectivas parejas hicieron esta misma travesía, acabando como el rosario de la Aurora. Aprovecho la huella de los esquís de los madrugadores que me han precedido y que sigue la pista que ganando muy poco desnivel se dirige hacia el barranco Culivillas. En una curva a la izquierda unas trazas se desvían a la derecha. Un poco más adelante los colores oscuros de una cabaña contrastan con el blanco de la nieve y el celeste del cielo. Me interno en el barranco dejando el arroyo a mi derecha. Acabo de cruzar dos hilillos de agua semi-helada y los esquís empiezan a derrapar sobre la nieve helada que se encuentra en sombra. Han desaparecido todas las huellas que estaba siguiendo y voy a tener que parar a poner las cuchillas porque es imposible continuar al no agarrar las pieles. Cuando me agacho a soltarme las fijaciones descubro que las pieles se han despegado de las colas de los esquís.

Intenté pegarlas de nuevo, pero estaban totalmente heladas y no hubo manera. Por lo visto se mojaron en el paso de los dos hilos de agua, ésta se heló al arrastrarlas por la nieve en sombra, y las acabó de dejar duras como un carámbano. Siendo la tercera vez que intentaba subir al Anayet, me dije que ya que los esquís habían decidido no subirme, les iba a subir yo a ellos. A partir del momento en que pasé a la zona en sol y después de bregar durante una hora en nieve costra que se rompía bajo mi peso y me hundía más allá de la rodilla, desistí totalmente fundido. Mientras reponía fuerzas sentado en una roca, los más madrugadores, parloteando risueñamente en francés descendían esquiendo. No había llegado a ver ni tan siquiera los ibones.

### **Recuerdos de Formigal - IV**

Llevaba bastante tiempo intentando hacer una salida de esquí de travesía con un conocido, con el que nunca había manera de coincidir, más por culpa suya que mía, ya que sus intereses "apuntaban" más alto que los míos. Cuando la Escuela Alavesa de Alta Montaña (EAAM) puso lugar y fecha para su travesía me animó a apuntarme, y eso hice a pesar de ser una auténtica "burrada" de travesía (muchos kilómetros y mucho desnivel). La travesía tuvo la mala suerte (buena para mí) de realizarse en la zona de Panticosa en una época en la que había poca nieve, por lo que la organización decidió trasladarla al entorno de Formigal, que sí contaba con algún centímetro más del blanco elemento. La idea fue, que ya que no se podía realizar una salida "dura", se completara una travesía corta, pero "técnica", que para algo la organizaba la EAAM y no un club cualquiera.

Por aquel entonces, en la EAAM estaba un grupo de lo más fuerte y selecto, con serias aspiraciones a hacer actividades relevantes en el Himalaya y Karakorum, y la salida estaba más pensada en su propia preparación que en "despistados perdigones" como yo. Mis esperanzas de compartir travesía con el conocido mío se esfumaron ya de víspera; estaba muy "ocupado" en "labores organizativas" con sus amiguetes. Y el resto era gente con "nombre" o unos auténticas fieras.

Nada más darse la salida la gente no es que corriera, volaban, con lo que rápidamente me encontré en el *grupeto* de cola. Allí la más fuerte era una moza, que tiraba como una mula y que poco a poco iba poniendo metros entre nosotros. En un momento dado, cuando la perdí de vista por un accidente del terreno, pensaba que me había

equivocado de travesía, ya que allí todos (mujeres incluidas) eran unos "machacas" que jugaban en otra división.

Al llegar a un punto en que salimos de la canal por la que estábamos subiendo, me encuentro una nieve costra-helada que me hace parar a considerar el ponerme cuchillas o incluso calzarme crampones. Pero como no veo a la moza que me precedía, entiendo que nadie lo ha hecho y que quizás tan sólo sean unos pocos metros. Decido continuar con sumo cuidado, cuando por mi izquierda, a cámara lenta y como si se tratara de una película muda aparece resbalando sobre su vientre la chica que iba delante mío, tratando de frenarse con uñas y botas; pasa por delante de mis narices y desaparece por mi derecha sin soltar ni una palabra. *Vistas las barbas al vecino pelar* ... saco rápidamente el piolet y me acerco con mucha precaución a la zona por donde ha desaparecido la moceta, para descubrir horrorizado que hay un cortado, que me parece inmenso, en el fondo del cual está el cuerpo inmóvil de la esquiadora. Lo que más me desconcierta es que no ha lanzado ningún grito, ni ha dicho ni "mú". Uno siempre piensa que en una situación de esas iría gritando como un poseso y lanzando alaridos heladores mientras se pega un vuelo de ese calibre; vamos, como en las películas.

Con el corazón en un puño me vuelvo hacia una pareja talludita que suben a su ritmo y trato de explicarles lo ocurrido, para que den aviso a la gente de la organización. No se paran en ningún momento, ni se asoman al cortado, continuando a lo suyo. Me parece una situación surrealista. Yo, estoy totalmente "atacado" y estos "pavos" han "pasado" totalmente de mí, como si fuera transparente. Viene más gente detrás y repito la voz de alarma. Ya más tranquilo, me vuelvo al cortado y veo que la chica parece moverse y que dos esquiadores bajan rápidamente hacia el lugar donde ha caído. Allí ya no pinto nada y continúo la travesía.

El tramo con la nieve venteada en el que se ha producido la caída es una corta arista que lleva a una cota secundaria, desde la que

hay que hacer una breve bajada que desemboca en un plateau desde el que se acomete la pala final. La gente no se quita las pieles en este tramo y yo tampoco, a pesar de no gustarme lo más mínimo esquiar con las pieles puestas.

En el *plateau*, el conocido mío me informa de que G. ha salido increíblemente ilesa después de un "vuelo" en el que cualquiera que no tuviera la flexibilidad de ella, como poco se habría roto varios huesos. Parece ser que había tenido la "suerte" de caer sobre un buen colchón de nieve que había amortiguado la caída. Por la radio informan de que una persona de la organización se retira con ella (por su propio pie) hacia el aparcamiento.

Respiro aliviado y vuelvo mis ojos hacia la "técnica" pala final. El espectáculo da risa. Cada poco rato, cuando algún esquiador intenta dar la *vuelta maría* para cambiar de dirección se produce la caída, resbalando hasta la base de la pala. Parece como si alguien estuviese jugando a los bolos, siendo los esquiadores que intentan girar, bolas que son lanzadas de forma aleatoria y que pueden golpear a los bolos indefensos, que son sus propios compañeros, o peor aún, algunos pedruscos que se encuentran sorteados por la pala. El conocido mío apunta que de eso se trata, de tener una buena técnica *foqueando*. Cuando le pregunto qué es lo que pasaría si alguna "bola" golpeara contra alguno de esos "bolos asesinos" que sobresalen, me responde que es lo que ocurrió ayer a uno de la organización al balizar el recorrido: "acertó" a un "bolo" y hoy se ha perdido la travesía. No sé si reírme o llorar.

Mientras me dirijo *foqueando* hacia la base de la pala me adelantan unos componentes de la Guardia Civil, que en vista de que no paran de llover esquiadores desde cualquier punto de la pala, se paran, se quitan los esquís, los cargan en la mochila y suben con el piolet desenfundado. Considero que es lo más prudente y les imito, colocándome tras ellos, tratando de seguir su ritmo de marcha militar. Me resulta bastante difícil a pesar de ir "chupando" huella. Pienso

para mis adentros que estos tipos están en un estado de forma excepcional.

En un momento en que paro a recuperar el resuello, me adelanta también una mochila erizada de banderines de balizamiento, que va como un tren de alta velocidad. Bajo esa mochila resopla Juanito: Juanito Oiarzabal. Va aún más rápido que los de la Guardia Civil. Me resulta increíble. En un santiamén los alcanza y continúan, ya juntos, intercambiando impresiones sobre la travesía.

Llegamos al final de la pala, que prácticamente es el punto culminante de la travesía, y allí los "buenos" de los compañeros de Juanito se ríen del aspecto que presenta, sudoroso y prácticamente oculto por los banderines que salen de todos los puntos de su mochila. La sarta de insultos no se hace esperar, ya que como bien les recrimina con esa característica voz cascada que tiene Juanito, ha sido él, el que ha bajado a ayudar a G. y además ha tenido que ir recogiendo absolutamente todas las balizas que han dejado sus "amables colegas". Más por lo "bajinis" alguno le echa en cara que confraternice con "esos" (señalando con un corto gesto de la cabeza a los miembros de la Guardia Civil). Juanito se defiende (también en queda voz), que no estaba confraternizando con nadie, sino que le han saludado y preguntado por la accidentada, y él tan sólo les ha respondido.

Picoteamos un poco y llega el momento que he estado temiendo desde que empezamos la travesía: quitar las pieles y empezar la bajada. Mi técnica de esquí fuera de pista no es que sea mala; sencillamente es inexistente. Para más INRI no me he calzado los esquís desde el invierno pasado, y la primera bajada de la temporada me gusta que sea facilita para irle cogiendo el aire.

Pues no.

El comienzo es un tubo, que me parece estrecho y empinado, como un tobogán de feria. Remoloneo. Se lanzan todos por el tubo y

me quedo yo solo, en el inicio de ese tubo en el que no me atrevo a pegar el primer giro.

Bueno, solo, no. Hay alguien parado en un lateral del tubo, un poco más abajo de donde me encuentro, que en un primer momento, y debido quizás a mi nerviosismo, no había visto. Es Juanito. Se ha debido de percatar de mi apuro y sube un poco hacía mí, hasta que consigue hacerse oír. Me indica que baje paso a paso, con los esquís cruzados a la pendiente, el tramo de mayor inclinación. Luego hay una zona donde puedo derrapar y más adelante la pendiente disminuye un poco y se abre el corredor, permitiendo girar con más facilidad. Sigo todas sus indicaciones, con la confianza de sentirme acompañado por alguien que prácticamente te coloca el esquí en el sitio correcto. Poco a poco desaparecen los temores y empiezo a encadenar torpes giros. Sigo a corta distancia la huella de los esquís de Juanito ganando en confianza con cada giro que damos. Salimos del tubo y aquí nos espera un larguísimo flanqueo, en el que la clave consiste en no perder mucha altura, para llegar a un collado, que da a las pistas de la estación de Formigal. Lo realizamos a toda velocidad, llegando en poco tiempo a la visión de las pistas, de la "civilización". En estos momentos en que me veo a salvo, me percató que la tensión de la bajada y el largo flanqueo en una postura mantenida, me ha dejado los músculos de las piernas como pedruscos. Me paro al lado de Juanito y se despide de mí dando por supuesto que aquí ya no voy a tener problemas. Le doy las gracias y desaparece entre la marabunta de esquiadores de domingo.

Ni conocidos, ni figuras, ni "machacas". El único que se ha quedado a ayudarme ha sido Juanito. Y no tenía porqué. Si no tenía la técnica suficiente para estar a la altura de la travesía no debería haberme apuntado, podría haberme dicho. Yo solito me había buscado problemas, pues yo solito debería saber apeguchar con ellos. Pero no fue así. No sólo bajó a ayudar a G. sino que después se dio cuenta de mis problemas y se quedó conmigo. Estos y parecidos pensamientos

me acompañan mientras descendo esquiando por las pistas Formigal camino del parking.



### **Recuerdos de Formigal - V**

Recuerdos de nuestra “peque” despidiendo a su madre que se dirige sobre los esquís de fondo hacia el barranco de Culivillas. Con poquitos meses, una de sus primeras visitas a la nieve ha sido ¡cómo no! al valle de Tena. Caen mansamente unos pocos copos de nieve que permanecen unos instantes en el pelo de Ana, mientras nuestra hija, al calor de la calefacción de la furgoneta, observa a través del cristal cómo su madre se quita los esquís y nos mira con un rostro rosado por el frío, pero resplandeciente de satisfacción. Después de comer y aprovechando un claro, soy yo el que me calzo los esquís de fondo y sigo la huella dejada por Ana. Voy un poco más lejos, hasta la cabaña que está prácticamente oculta bajo más de un metro de blanco armiño. De auténtica postal suiza. Vuelta a toda velocidad y llegando a la furgoneta mis dos chicas, fuera, al sol de la tarde, esperando mi llegada. Su naricilla se arrugaba respirando el frío y puro aire de la nevada. Sus ojos se entrecerraban por la brillante luminosidad del sol reflejándose en la nieve. Y toda ella embutida en un blanco mono acolchado que no dejaba más piel al aire. Y nosotros mirándola embobados.

Recuerdos de fines de semana esquiando en Formigal. Llegábamos el viernes a la noche y aparcábamos la furgoneta al lado de la cafetería. Si llegábamos pronto hacíamos a turnos un poco de esquí nocturno, si no, después de cenar, nos quedábamos absortos mirando a las estrellas. Y luego, calentitos, a la cama. El primer turno de la mañana, antes de que se pusieran en marcha los remontes era para mí. No eran ni horas, ni nieves (heladas) para unas señoritas.

Cuando el sol empezaba a cobrar fuerza, cambio de turno. Yo me quedaba con Idoia y Ana se daba una vuelta por las pistas.

En alguna ocasión dejamos a nuestra “peque” en la guardería de la estación. En una de ellas la subí y bajé esquiando en la mochila con la que la llevábamos al monte. No lo volví a repetir porque no recuerdo esquiada de más tensión en mi vida, que cuando subí con ella en la percha-tirachinas y cuando descendimos dando interminables giros por una pista que la solía bajar en “chus”.

Comida los tres juntos al calor del sol. Nuevos turnos de esquí en función de las ganas de los aitas, y la última, antes de cerrar, reservada para el aita. Meriendilla los tres juntos viendo la puesta de sol, y de nuevo esquí nocturno. Éramos pocos los que disfrutábamos de aquel privilegio incipiente. Con el tiempo, algunos llegamos a conocernos, aunque sólo fuera de vista. Había una complicidad entre nosotros por aquel placer secreto que compartíamos. Con los músculos laxamente cansados, después de cenar, y antes de embutirnos en los cálidos sacos, volvíamos a contar estrellas.

El domingo esquiábamos media jornada, repartiéndonos los dos turnos de la misma manera que el sábado. Recogíamos cuando algunos llegaban y volvíamos despacito para casa, evitándonos nervios y retenciones. En cualquier curva de la carretera que nos mostrara una luz o un prado tentador, parábamos y comíamos tranquilamente.

## **Recuerdos de Formigal - VI**

Llevaba bastantes años sin salir al monte con Jon, ya que el nacimiento de Idoia había supuesto un paréntesis para mí. Cuando le conté mis pinitos con el hielo y le propuse volver a Valdecebollas, él me sugirió ir a la Canal Roya para ver cómo me defendía y al día siguiente hacer algún corredor en Telera.

Nevando intermitentemente y bajo un cielo encapotado, la sesión en las cascadas de la Canal Roya se convirtió en una clase particular de escalada en hielo. Estaba totalmente fuera de onda. La primera sorpresa la tuve de víspera, cuando veo a Jon encordarse con un nudo que desconozco. Me enteré entonces que desde hacía unos años el nudo de “ocho” era el NUDO para atarse. Vamos, el único seguro. Porque el bulin-“as de guía”, mi querido nudo de encordamiento, que tanto me costó aprender, se había cobrado varias vidas. Frenos dinámicos, cestitas, disipadoras, tornillos de hielo con manivela, ... todo era nuevo para mí.

El “tute” que nos habíamos dado para llegar a las cascadas mereció la pena. Aunque solamente hubiera sido por descubrir el intangible encanto de un valle modesto, sencillo y apartado de la espectacularidad, como el de Espelunciecha. Pero además fuimos sorprendidos por un corrillo de iglúes, que cual champiñones habían nacido alrededor del “covacho”, que daba nombre al valle. Su construcción era perfecta, de auténtico libro de esquimales, y lo más sorprendente era que no había nadie.

Para ser fieles a nuestros principios, habíamos dejado las raquetas en la furgoneta, ya que desde la carretera no se veía mucha nieve. Otros se aprovecharon de la huella que mano a mano nos tocó

abrir desde antes del “covacho”. A la vuelta los iglúes habían puesto el cartel de “Completo”. Luces, guitarras, canciones, el olor de una buena cena, raquetas y algún esquí a las puertas de los mismos, y en su interior esterillas, colchonetas y sacos dispuestos para dormir. Las voces en francés. No podía ser de otra manera: militares, o franceses. Tuvimos que reconocer que nuestros vecinos sabían vivir. Actividad posiblemente organizada, y muy bien organizada, con todo incluido, y en un vallecito idílico y solitario. Éramos ya europeos, pero nos seguían llevando un cuerpo de ventaja.

Una vez puesto al día, no lo debí hacer tan mal en las cascadas puesto que al día siguiente, y a pesar de lo cansados que estábamos, Jon se empeñó en que hiciéramos la Gran Diagonal de Peña Telera. Durante la noche cayó una helada monumental y todo lo que habíamos madrugado el día anterior lo pasamos al siguiente embutidos en el saco. Amaneció radiante, totalmente despejado, fue entonces cuando nos entraron las prisas.

Salvo una pareja que nos encontramos en el cono de deyección y que nos confirmó que estábamos en el comienzo de la Gran Diagonal, no vimos a nadie en todo el día, a pesar de disfrutar de unas condiciones perfectas. Jon había hecho los deberes y tenía información de primera mano del fin de semana anterior. La única dificultad reseñable era un paso rocoso que nos encontramos cubierto de hielo como ya nos habían anunciado: pan comido después de haber estado todo el día anterior en verticalidades más acusadas. Nieve muy dura todo el corredor y mucho "ensamble" fue la tónica de la subida.

Hubo algún momento, cuando Jon paraba su progresión para colocar algún seguro, que a pesar de estar unido a él por una cuerda, la longitud del corredor y el fantástico ambiente que nos rodeaba, con el Midi d'Ossau por testigo, me hacía preguntarme si realmente era yo el que estaba allí. Era como observar a un desconocido en un mundo soberbio, terriblemente magnífico.

Salvo el último largo, Jon no me dejó hacer de primero ningún tramo. Después de haber sufrido un frío extremo en el corredor, salir por arriba y recibir el calor de los rayos del sol me hizo lanzar un aullido de júbilo. Cuando se reunió Jon conmigo, y visto lo tarde que se nos había hecho, decidimos invertir el tiempo que nos habría costado subir a la cima en disfrutar de la paz que se disfrutaba a esa hora del atardecer, dándole unos tientos a la comida y a la bebida.

Yo estaba en la gloria, disfrutando de uno de esos momentos que esperas que no acaben nunca, pero a Jon le entraron las prisas. Tuvimos que luchar contra la laxitud que nos había entrado y tratar de despertar músculos y mente. Los dos sabíamos que en el paso horizontal de Cachivirizas había habido varios accidentes y era un lugar para andar con los cinco sentidos alerta. Yo, estaba especialmente cansado y me obligué a mí mismo a extremar las precauciones, porque un accidente allí tendría consecuencias irreparables. Pasé con infinito cuidado, pensando que era un lugar francamente peligroso y en el que una cuerda no hubiera estado de sobra.

Saliendo del corredor de Cachivirizas se nos hizo de noche. Era lo que había estado temiendo Jon durante todo el descenso y la razón por la que me estuvo metiendo tanta prisa. Encendimos las frontales y las pilas que llevábamos puestas no aguantaron ni cinco minutos. Pusimos las de repuesto y la de Jon se apagó como se termina una vela. La mía siendo nueva también arrojaba una luz mortecina, pero que se mantenía. La única explicación es que el frío había castigado de tal manera las pilas, nuevas incluidas, que las había dejado prácticamente inservibles.

Casi a tientas seguimos las huellas de lo que parece el camino, hasta que llega un momento en que tenemos que rendirnos a la evidencia de que nos hemos perdido. Estamos sobre un cortado en el que cuelgan algunos árboles, que en combinación con la noche cerrada nos impiden ver dónde acaba. Damos varias vueltas, pero no vemos ni un destrepe fácil, ni tampoco señales del camino. Jon

propone montar un rápel, pero yo no acabo de verlo claro. No vamos a ver si las cuerdas se enredan o si tan siquiera llegan a algún lugar en el que podamos aterrizar. Propongo subir con la única y pobre luz de la linterna que funciona hasta encontrar el camino y tratar de localizar su continuación en el punto en que se desdibuja. Volvemos a realizar otra batida por la misma zona en la que hemos mirado varias veces y esta vez, desviándonos mucho más a la derecha de donde habíamos estado, damos con el camino.

Llegamos al ibón de Piedrafita y nos queda una hermosa caminata hasta el coche, a la luz de la luna. En ese momento observo que en la mochila de Jon falta un piolet. Juramentos y más juramentos se unen a las intenciones de pedir permiso en el trabajo para el día siguiente y volver a buscarlo.

Volvíamos a Vitoria y, como era lógico, Jon no volvió al lunes siguiente. A mí me había parecido oír un sonido metálico cuando buscábamos el camino de bajada al Ibón. El sábado siguiente volvió a repetir la Gran Diagonal con Jesús y desviándose en la bajada a la zona en que nos despistamos, recuperó el piolet perdido. Por mi parte, a consecuencia del frío pasado en el corredor, unido a que llevaba botas de cuero, que las correas de los crampones me las apreté quizás más de lo debido y que la postura que mantuve en alguna reunión impedía una buena circulación en los pies, acabé con una ligera insensibilidad en el dedo gordo de un pie. Me duró varios meses y comentándolo con Jon Armentia, médico y alpinista, ya que era la segunda vez que me pasaba, le restó importancia calificándolo como un inicio de congelación de la capa más externa de la piel.

## Recuerdos de Formigal - VII

En la línea cronológica que sigue este libro, las líneas que siguen se salen de la misma y corresponden a hechos sucedidos con posterioridad al capítulo que viene a continuación. Están ubicadas aquí porque la memoria que se refleja aquí es la mía, pero teniendo un hilo conductor que es un paisaje.

En el mundo de los recuerdos, viajamos del pasado al futuro, que es ya un pasado que tan sólo está en mi memoria, porque el paisaje ha sido cambiado, borrado.

Después del cero-tres que llevaba con el Anayet tardé muchos años en volver a ese monte. Fue en primavera, con un grupo de amigos y compañeros del trabajo. Opípara cena en el pueblo de Panticosa y cuando nos dirigimos cada mochuelo a su olivo llega la primera sorpresa. El grueso de la expedición dormirá en blanda y cálida cama de hotel y los tres "organizadores" lo haremos en la furgoneta que aparcaremos en "el corral de mulas". *Juancar* se refiere a él como el parking de la estación. Jon, que es el tercer organizador, calla. Ya nos equivocamos una vez en su ubicación, pero hoy aunque han pasado bastantes años y es noche cerrada, creo que daría con él sin ningún problema, pienso mientras conduzco carretera arriba. Llegamos al lugar donde deberíamos ver el susodicho corral y no reconozco el paisaje. *Juancar* me mira sorprendido y pregunta-insiste si no vamos a aparcar en la estación. No entiendo nada. Me indica que siga la carretera ...

– Pero, ... ¿y la pista?

... ha desaparecido. ¡En su lugar hay una auto-pista asfaltada!

Sigo conduciendo sin salir de mi asombro y llegamos a un aparcamiento enorme en el que se adivina un remonte, varios edificios y desmontes de tierra.

¡No reconozco nada. Ni tan siquiera la entrada del barranco de Culivillas!

La noche es fría y en el cielo refulgen las estrellas como nunca. Busco en ellas la llave que este paisaje me niega, para abrir el baúl de unos recuerdos que me son gratos.

Nos vamos a dormir. Espero que con las luces del nuevo día vea todo de otra manera.

Cuando amanece, salgo al exterior y veo las cosas de otra manera: como realmente son. Como se vería cualquier estación de esquí en plena remodelación post-temporada, con sus desmontes descarnados, hierros, cables y maquinaria dispersa. La ausencia de nieve no hace sino aumentar la sensación de desolación.

¿Dónde está la entrañable pista con sus dos rodadas festoneadas de hierba? ¿y la rústica cabaña del cuento de la abuelita? ¿y las suaves lomas?

No se ven rododendros, ni verde, ni blanco, tan sólo polvo que amarillea las fotos del pasado.

Tuvimos que ascender por el barranco de Culivillas para que viendo el tierno verde primaveral de la hierba y los brotes de rododendro, el azul de las gencianas, los rosas, amarillos y violetas, pudiera re-conocer el paisaje y re-surgieran frescos los recuerdos del pasado.

Por fin vi los ibones de Anayet y subí a esa cima tantas veces intentada. Lo que en invierno se había demostrado que podía ser una aventura imposible, en verano fue un paseo.

Parte del grupo no subió al Anayet y cuando nos reunimos todos en el collado que lo separa del Vértice, vivimos un momento que ya ha pasado por derecho propio al álbum de mi memoria.

Mientras íbamos por el cordal que va desde el collado que separa el pico del Vértice, una chavalota se apartó unos metros del grupo y se acercó al “cortado” que da a los ibones. Con pasos cortos y lentos, estirando mucho el cuello, se asomó hasta quedar a un par de metros del borde. Su cara reflejaba de una manera indescriptible, una mezcla de miedo, respeto, satisfacción por haber superado ese miedo y estar en un lugar en el que jamás pensó encontrarse, felicidad, ... que a los tres organizadores de la marcha nos hizo pararnos y contemplar en reverencial y pudoroso silencio ese momento mágico, solemne, sagrado en que otro ser humano sencillamente ES.

El que conozca la zona no recordará en ese lugar ningún “cortado”. Efectivamente tan sólo es un cordal herboso, que en la vertiente de los ibones presenta una caída más abrupta. Pero para aquella moceta, que prácticamente no había salido nunca al monte y que visto lo visto padecía un vértigo de tomo y lomo, aquella hazaña tuvo tanta entidad como para el mejor alpinista abrir una vía de alta dificultad en el Himalaya. A partir de aquel momento ella se convirtió en el motor impulsor de las salidas montaÑeras del grupo. No sólo eso, tras cada salida redactaba una crónica que nos enviaba a todos, animando a los que no participaban a unirse a las actividades.

Si le preguntáramos hoy en día por qué sale al monte, de dónde viene su afición, quizás no sabría explicarlo con palabras, pero seguro que marcaba aquel día, como el que dio comienzo a esta adicción. La palabra adicción la pongo yo, porque estoy seguro que a partir de aquel día y en todas las salidas montaÑeras que siguieron trató de repetir aquel momento en que el mundo, el tiempo se paró y dejó de existir, aquel momento en que se expuso, se arriesgó, *acalló sus opiniones, sus sentimientos, sus humores; borró su persona*. Sintió como probablemente no había sentido nunca *esa espantosa, admirable e implacable fuerza sin fecha ni figura que hay en todos nosotros (Louis Pauwels), el soplo mismo de la vida, ardiente y venido de lejos (Bertrand Russell)*.



### Recuerdos y más recuerdos

Se agolpan las fotos del pasado. Fotos añejas y decadentes como la del balneario de Panticosa en mi primera salida al Pirineo. Viendo las últimas luces del día desde la entrada de la Casa de Piedra miro con incredulidad la verticalidad que me da la sensación de querer caerse sobre mí del Garmo Negro, al que dice Jon que vamos a subir mañana. Lo imposible, se demuestra posible al día siguiente, dando un paso detrás de otro. Nos encontramos con un trío de montañeros (una, chica) que parecen un poco despistados en su objetivo (los Infiernos) y un tanto descompensados en opinión de Jon. Les superamos, hacemos cima y con las piernas rotas llegamos al refugio.

Cuando llega uno de los montañeros que nos encontramos en la subida y se empieza a observar un movimiento de conversaciones a media voz y miradas sombrías, empezamos a sospechar que ha ocurrido algo. Al llegar la chica del grupo y faltar el miembro que más experiencia parecía tener por haber llevado la voz cantante en nuestro encuentro, confirmamos que éste ha tenido una caída y parece haberse matado. La media luz del atardecer y el frío que empieza a colarse dan un aire tétrico a la escena, que se convierte en auténtica tragedia al enterarnos que la pareja de críos que correteaban por todos los lados son los hijos del accidentado, y la mujer que los vigilaba, su esposa. Nadie se atreve a mirarla a la cara, todos la evitan. A su alrededor surge un vacío, un silencio que grita y duele más que las propias palabras. Su mirada busca una palabra, un gesto que le diga que no, que no le ha tocado a ella, que no es su marido el que se ha quedado arriba. Al no encontrarlo rompe a llorar, pregunta por qué él, surgen los gritos, los lamentos, un dolor que se desborda y lo arrasa todo. Es

como un pistoletazo que rompe la tensión que flotaba en el ambiente. Surge un abrazo, que en un primer momento es rechazado, y en el que luego se abandona con la voluntad rota.

Los otros dos montañeros, a pesar de estar superados por las circunstancias, hablan por fin. Son dos novatos como yo en estas lides montañosas. El material que llevan es prestado por el fallecido. Al parecer era un montañero que tenía amplia experiencia, habiendo estado incluso en los Andes y Aconcagua. El accidente se produjo al bajar a explorar la vertiente norte de los Infiernos y caer en un cortado. No pudieron bajar hasta su lado, pero dado el lugar desde el que cayó y el aspecto que presentaba, no cabía ninguna duda de su estado.

El helicóptero de la Guardia Civil parece que a esta hora ya no sale y el francés está muy lejos para llegar con luz. El rescate se pospone hasta mañana. Como el accidentado es de Pamplona y nos pilla camino de Vitoria, nos ofrecemos a llevar a los críos hasta allí; el carácter triste y otoñal que ha adquirido el ocaso no es el mejor lugar para ellos. Su madre nos da la dirección de sus abuelos y decidiendo por ella los subimos al coche. Nieves, la compañera de Jon, tiene "mano" para los niños y entre cuentos, cantos y juegos los transporta a un mundo feliz, en el que olvidan preguntas que nos resultan embarazosas y para las que no tenemos respuestas. Les dejamos con sus abuelos y camino de Vitoria, Jon y yo nos enfrascamos en una profunda conversación. No sé si el dolor que sentimos cuando se nos muere un ser querido, debiera ser más por él mismo, que por la pérdida que supone para nosotros. "No fue nuestro. No fue mío" que dice la protagonista de *Memorias de África*. Nieves calla.

Fotos de un atardecer en el destartalado refugio del embalse superior de Bachimaña, con el sol dando color al blanco de la nieve, al verde de la hierba, al azul del cielo y de las aguas. Serena luz de la luna que baña el Frontón bajo peña Sabocos. Solitaria cresta nevada de la Pala de Ip ...

Al cabo de unos años volví a Formigal, más por estar con unos amigos que por esquiar. Sentados en una terraza de la zona Anayet, me sentía igual que cuando arrastrado por los críos íbamos a una hamburguesería. A pesar de la música estridente y todas las “especias”, la “comida” era idéntica a la de todos estos sitios y sabía a poco. Se había perdido la incertidumbre de que la chuleta tuviera más hueso que carne, y el gusto que daba roer esa escasa pero sabrosa carne que arrojaba el hueso.

¿Estábamos en la montaña o en un aparcamiento de una gran superficie? ¿Remontes o escaleras mecánicas; cuál era la diferencia? ¿Las colas, se diferenciaban en algo de las del supermercado o del cine en un fin de semana?

¿A fuerza de ver el lindo y aséptico envoltorio de plástico en el que nos venden la hamburguesa, acabaremos olvidando que había sido necesario sacrificar a un animal vivo? ¿Las futuras generaciones acabarán sufriendo un *shock*, como el que se llevó mi sobrino, el día que supo que los huevos no se generaban espontáneamente en el supermercado sino que salían del culo de la gallina?

Se multiplican los proyectos de espacios de ocio para llenar un tiempo de ocio de la sociedad del ocio. ¿No estaremos, más bien hablando de un neg-ocio que uniformiza el paisaje y convierte en un

páramo nuestra memoria?

¿Es esto lo que llaman civilización, progreso? Porque al igual que los huevos del supermercado, algunos empezamos a sentirlo como una ventosidad en nuestras nalgas.

Cuando las excavadoras invaden esos entrañables parajes de la memoria, se instala en ellos la música a todo volumen, y tratan de aderezarnos con un montón de especias una "comida" que "sabe" a poco, no nos queda más remedio que cruzar la frontera. Para aliviar ese dolor de cuando someten y te roban un paisaje que es memoria. Para disfrutar de sabores sencillos, poco espectaculares quizás, y llevarse la sorpresa de pinchar en "hueso" o encontrarse de casualidad, dentro de la inmensidad de los Pirineos, en una cima con ese intangible encanto de lo modesto, con un montañero oculto bajo gafas y sombrero, que saluda con un "kaixo" y que resulta ser Jon. Todavía nos queda Anéou, el reino de la nieve pero también del sol, y lugares como el Cuyalaret, que son como una alegre llama que crepita y da calor al hogar.

¿Por cuánto tiempo?

